

"PORQUE SE FUERON LAS GARZAS" Y LOS QUINIENTOS AÑOS

Por Gustavo Alfredo Jácome

Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua,
correspondiente de la española.

Andrés Tupatauchi, el actante principal de nuestra novela PORQUE SE FUERON LAS GARZAS, creado con alfareras manos y según la misma fórmula de Yavé: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza", se plantea, a sí mismo, en la "indefensa página primera", una interrogante de óptica trascendencia. Lo hace, como es natural en un natural, en su íntimo quichua: ¿Pita ñuca cani?, luego, en la lengua de su segunda personalidad, la de aprendiz de "blanco", ¿Quién soy?, interrogante que lleva implícita otra igualmente trascendental pregunta "¿De dónde vengo?"

El óptico planteamiento –lo confesamos– podía quedarle muy grande al inicio simple de una simple novela, por cuanto este óptico planteamiento está totalmente dentro del ámbito de la filosofía heideggeriana. Y esto porque ningún ser humano como el indio está más inmerso en el existencialismo de Heidegger, así como en la angustia kierkegaardiana: "La muerte no es enfermedad mortal: la única enfermedad mortal es la angustia".

¿Era el indio anterior a los quinientos años, un ser humano? Claro que sí, a pesar de los teologuísimos del Vaticano, quienes históricamente decidieron que era "una bruta animalia", quizá por los celestes regazos de sus plumajes en penachos y su inocente desnudez, reminiscencia también edénica. O por sus mágicos diosillos brujos. Hoy, a los quinientos años de deshumanización —nuestra hechura—, ¿quién más que el indio en "estado de yecto", en absoluta "yección", arrojado del paraíso de su mundo original? ¿Quién más "caído" por "extrañamiento" que él? ¿Quién más que el indio, quinientos años después, incapaz de "ser ahí", esto es de ser hombre en el mundo?

Heidegger nos habla de las dos maneras de "ser ahí con": la una es el "modo específico en que el hombre es en el mundo con los demás hombres, y la otra manera es la del hombre en el mundo con las cosas".

Sin duda, el indio, desde hace precisamente quinientos años, está en el mundo no con los hombres, sino con las cosas.

A esta situación ha sido reducido por medio de ese proceso de involución advertido por Antonio Sacoto en nuestra novela, y que lo transcribe así en su obra "CATORCE NOVELAS CLAVES": "...una degradación total del ser humano. Como que alguien, algún científico desquiciado, se hubiera propuesto ensayar con el indio un proceso darwiniano al revés, una regresión masiva hacia los estadios de los seres primitivos, y para lograrlo hubiera acertado en la utilización sistemática de todos los medios animalizables y hubiera llevado la anotación prolija de los resultados de la aplicación de cada uno de ellos: hambre y subalimentación y sus efectos; inoculación de todas las enfermedades, no tratamiento y sus resultados; trabajo forzado durante toda la vida, explotación, látigo, maltrato en todas sus crueles sutilezas, guaraperismo, alcoholismo, desnudez, ignorancia, cárcel, represión militar y policial y sus consecuencias, hasta conseguir, en quinientos años, no solo su objetivo, sino romper el lindero inferior de lo humano y arrear toda esa manada ya dentro de la animalidad.

Cuánta razón tuvo vuestro Cosmopolita, ambateños, y nuestro sempiterno Montalvo, al escribir: "Si mi pluma tuviera el don de las

lágrimas escribiría un libro sobre el indio y haría llorar al mundo".

Desde ese nivel subhumano se levanta Andrés Tupatauchi en nuestra novela al tenor de las palabras premonitorias del Fakir, en "Boletín y elegía de las mitas":

"Pero un día volví. ¡Y ahora vuelvo!
¡Vuelvo! ¡Alzome!
¡Regreso!
¡Regresamos!"

Y regresamos nosotros nuestras propias hechuras:

¡Y soy Andrés Tupatauchi!
¡Yo soy Mila Tupatauchi!
Yo tan José Farinango
¡Manungo y Petrona somos!
¡Yo soy Fermín Muenala, el indio en orfandad en vida misma
de mi gringuita Ely!
¡Y yo el longo Jusíco, el que maquinaba que de grande se haría
blanco para hablar en la blanca lengua del blanco

¡HEMOS SIDO CREADOS Y SEREMOS POR SIEMPRE!

Heidegger influye también en la decisión que toma Andrés Tupatauchi de investigar sus orígenes étnicos. En la obra EL SER Y EL TIEMPO, este filósofo afirma: "Todo preguntar es un buscar. Todo buscar tiene su dirección previa que le viene de lo buscado. Preguntar es buscar, conocer 'que es' y 'cómo es' un ente. El buscar este conocer puede volverse un "investigar" o poner en libertad y determinar aquello por lo que se pregunta".

Nuestro protagonista Andrés Tupatauchi –sin haber leído a Heidegger–, siguió el camino trazado por el filósofo existencialista. ¿Cómo? Veamos.

Los indios actuales de la comuna de Peguche, son tejedores de diversos artículos. Heredaron el oficio, hoy convertido en industria, de

sus antepasados, tejedores en el obraje de la hacienda de Peguche, en donde vivían muriendo siempre junto al telar. De esta suerte, el telar, que fue instrumento de cotidiana tortura, es hoy la herramienta de superación económica, primero, y luego de elevación cultural. Los hijos de los tejedores analfabetos fueron enviados a la escuela y se volvieron heroicos "escueleros", heroicos, a causa de la agresión inmisericorde de los niños "blancos". En nuestro cuento "Simón Burga", de BARRO DOLORIDO, trazamos la patética biografía del "escuelero". Con la tozudez muy propia de nuestro indígena en proceso de aculturamiento, de la escuela pasó Andrés Tupatauchi al colegio lugareño, en el que se graduó de bachiller. Prosiguió audazmente sus estudios en la Universidad, con no pocos de sus congéneres. En la actualidad hay abogados indios, médicos, ingenieros, arquitectos, sociólogos, antropólogos, enfermeras, profesores, trabajadoras sociales.

Andrés Tupatauchi había ingresado en la Católica de Quito y había sido estimulado con una beca para continuar sus estudios de Antropología Social en una Universidad de los Estados Unidos.

Nuestro protagonista experimentó un doble deslumbramiento: en primer término, el del varón asediado sexualmente por las "gringas", quienes al verle tan huidizo, e introvertido, decidieron ayudarlo, y lograron su objetivo. Porque Andrés –según su confesión a su otro yo– en uno de sus monólogos interiores, "no se alcanzaba con las gringuitas, cada una de las cuales creía haber recibido el primer beso de compañero tan esquivo y falto de arrestos. Además, algunas de ellas habían descubierto en el compañero indio un delicioso amante a causa de su lento y deleitable ritmo sexual, por bradipsíquico, frente a las taquisíquicas y enloquecidas gringuitas: "Andrés, debes patentar tu ritmo" –le insinuaron muy sinceramente.

El otro deslumbramiento fue el encuentro en la biblioteca de la Universidad norteamericana con la obra del investigador Udo Oberem intitulada ESTUDIOS ETNOHISTORICOS DEL ECUADOR. Al hojear la obra, Andrés Tupatauchi se percató muy entusiasmado que ella contenía "NOTAS Y DOCUMENTOS SOBRE MIEMBROS DE LA FAMILIA DEL INCA ATAHUALPA, EN EL SIGLO XVI". AI

avanzar en su lectura, descubrió, casi al borde de un colapso, que el primer hijo del Inca-Shyri Atahualpa se llamó Topatauchi, que fue llevado por su padre al Perú en la guerra contra Huáscar y que, al advertir el incontenible avance de los españoles desde Tumbes hacia Cajamarca, "había hecho conducir a su hijo bajo custodia de cuatro mil indios, a Quito". Cuando Benalcázar avanzaba en la conquista del Reino de Quito, Topatauchi fue llevado a tierra de "yumbos", hoy región de Archidona, en la provincia de Napo. Ahí fue rescatado por Benalcázar y puesto bajo la protección de los frailes franciscanos de Quito, quienes, al bautizarle, le pusieron el nombre de Francisco, en homenaje a Pizarro, nombre cristiano al que añadió su nombre aborígen, Tupatauchi, como apellido. Llegado a la juventud casó con la hermana del Cacique de Otavalo, doña Beatriz Coquilago Ango.

El universitario Andrés Tupatauchi, apenas repuesto de su asombro, sacó las siguientes conclusiones:

1ra. El primer hijo de Atahualpa, Topatauchi, debía ser el heredero del trono del Tahuantinsuyo.

2da. Topatauchi casó en Otavalo con la hermana del Cacique, doña Beatriz Coquilago Ango.

3ra. Mi apellido paterno es Tupatauchi y soy otavaleño de nacimiento, luego... la emoción no le permitió terminar la conclusión lógica. Pero razonó con Karen, la más amante de las gringuitas.

Yo debo ser descendiente del Inca-Shyri Atahualpa, y, por tanto, algún derecho debo tener en el Tahuantinsuyo. Karen, con su mentalidad genuina y ford-midablemente imperialista, encendió en el pecho de Andrés una llamita de ambición que se fue volviendo una fogata en virtud de los razonamientos muy gringos de Karen Smit. Esta trazó el siguiente plan de acción. Primeramente, pediremos ayuda a la Academia de la Historia, a fin de comprobar legitimidad como descendiente de Atahualpa. Cuando todo esté comprobado, se podría restaurar el Tahuantinsuyo. Claro, habría que valerse de la poderosa CIA, entronizadora de dictaduras en el mundo y derrumbadora de gobiernos populares y democráticos que no eran de las simpatías de la

gran metrópoli. Desembarcarían los marines. Reclamaríamos el fabuloso tesoro de Atahualpa. Y tú, Andrés, serías el Inca-shyri emperador, y yo, la emperatriz del Tahuantinsuyo.

Con estas ilusiones, contrajeron matrimonio y resolvieron viajar al Ecuador, con la firme resolución de dar con las pruebas mediante las cuales Andrés Tupatauchi debía resultar descendiente legítimo de Atahualpa.

Quienes han leído nuestra novela, saben que los sueños de Andrés Tupatauchi se rompieron, igual que el cántaro de la lechera.

No obstante, la investigación realizada sirvió para que Andrés Tupatauchi inaugurara en sí mismo y en los demás integrantes de la comunidad de Peguche, el orgullo de ser indios, de hablar orgullosamente el quichua, de lucir el guango como una contraseña de su entrañable condición de indios. Y el orgullo racial derivó en Andrés y los demás en un complejo de superioridad que, como sabemos por Alfredo Adler, no es sino la otra cara de menorválido.

La contumaz lectura de "Comentarios reales de los Incas", por Garcilaso de la Vega, fundamentó en los integrantes de la agrupación *Rigcharishun* (Despertemos), organizada y presidida por Andrés, la firme decisión de volver a ser hombres.

¡Lo que hemos sido! —era la exclamación nostálgica ante el deslumbrante descubrimiento de la cultura pre-colombina. Estos fueron sus más importantes logros:

Hace ochocientos o mil años, en el Tahuantinsuyo ya operaban neurocirujanos. La evidencia de sus exitosas intervenciones quirúrgicas en el cerebro, son los miles de cráneos que con diversas técnicas de trepanación exhiben los museos arqueológicos, en especial el de Lima.

Fuimos arquitectos de Machu-picchu, Tikal, Teotihuacán, Ingapirca, Cochasquí.

Fuimos sabios en astronomía. Nuestros astrónomos señalaron con precisión el "Inti-ñan" o camino del Sol, hoy llamada Línea Equinoccial. El cerro de la Marca, a poquísimos metros del Monumento de la mitad del Mundo, es el orográfico mojón.

Nuestros antepasados fueron finos orfebres. Antes que en Europa, ellos trabajaron joyas en platino.

Tuvimos sabios llamados amautas y poetas denominados aravicos. De la destrucción de las expresiones de nuestra cultura aborigen consumada por los conquistadores españoles, se han salvado el drama "OLLANTAY", en lengua quichua, y el POPOL VUH, poema cosmogónico perteneciente a la cultura maya-quiché.

De la organización socio-económica del Tahuantinsuyo, nos cuenta orgullosamente Garcilaso de la Vega lo que nos sirvió para escribir una de las páginas de nuestra novela ya citada. Decimos en ella:

"En aquellos tiempos, la tierra era repartida anualmente, según las necesidades de los ayllus, sembraban y cosechaban cantando, todos tenían que comer: no hubo mendigos, una buena cosecha no era una maldición, no producía —como hoy—, pánico en la Bolsa, no se arrojaba el exceso de las mieses en el mar, no se derramaban en los ríos una buena producción de leche, con el fin de conservar su precio, no se conoció el vil dinero, había un amistoso cambalache, todos tejían su ropa y modelaban su vasija, no hubo ladrones, se castigaba la mentira y la pereza, trabajaban todos para todos. Lo hacían de mancomún, por el bien común, por medio de mingas. El vellón de llamas, alpacas y vicuñas era abrigo repartido entre el pueblo.

El inca no estaba en su trono para robar ni oprimir.
El ejército estaba formado por bravos guerreros,
los bravos no disparaban sus flechas y venablos
contra el pueblo,
no eran soldados de soldada,
no eran aborrecimiento".

Hasta aquí lo que fue esta nuestra linda india, intocada. Lo que vino después son, precisamente, los quinientos años que hoy recordamos. Está bien decir recordamos, memorizando que recordar, etimológicamente, significa *-re*, igual repetición, y *cor-* cordis, corazón. Recordar es volver a pasar por el corazón. Esta la causa por la cual cada uno de nosotros siente los quinientos años según su calidad cordial. Es así como ya no hablamos de los quinientos años del descubrimiento. Los nibelungos nos desmienten, puesto que ellos se adelantaron al casual, al casualísimo hallazgo de un Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Los indios sobrevivientes, por su cuenta, se jactan, heroica o masoquísticamente, de quinientos años de resistencia.

Resistieron mediante el mimetismo sociológico, cuyo mecanismo de aguante únicamente se rompía en las intermitentes sublevaciones, cruentamente aplastadas, tanto por el "monstruo sangriento", durante el coloniaje, cuanto por el "yugo servil" que continuaba vigente en plena época republicana, ya casi dos siglos después del "león destrozado".

Se podría también hablar de quinientos años del exacto cumplimiento de la profecía de wiracocha. O denunciar con el poeta el fin de la coruscante heliolatría, porque, cabalmente, hace quinientos años el Sol cayó bajo las patas de los caballos.

No vamos a tiznar aún más la "leyenda negra". Y no lo hacemos por cuanto en contrapartida de todos los genocidios y los crímenes todos, todos de lesa humanidad, se nos trajo y se nos dejó, para siempre, un excelso, un incommensurable don donativo: la lengua de Castilla, esta con la cual, simplemente, "el hombre habla a su vecino" o es el sublime instrumento de transfiguración en el poeta, el escritor, el santo, el héroe.

Tras el hallazgo de las Indias Occidentales, vino la conquista brutal. La del Perú advino luego del descubrimiento del Mar Pacífico. Se la llevó a cabo como si se tratase de una empresa netamente crematística. Los empresarios fueron tres: un clérigo —cuando no—, Hernando de Luque, y dos capitanes, los dos, por igual, analfabetos, Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Antes de firmar en Panamá el comercial contrato —estos dos por interpuestas personas—, los tres comulgaron, conmovedoramente, cada uno con la tercera parte de la misma hostia. Después, lo que sabemos: "Los trece de la fama", Puná, Tumbes, Cajamarca. Cajamarca es un inmarcesible hito de la infamia. El protagonista fue otro clérigo, el Padre Vicente Valverde, en diálogo con Atahualpa. Preciso es recordarlo por cuanto según el contenido de dicho diálogo se consumó la conquista y fueron administrados los tres siglos de coloniaje. Lo hacemos mediante la fidedigna versión de nuestro historiador González Suárez:

"La litera imperial había llegado ya a la mitad de la plaza... cuando de una de las casas salió Fr. Vicente Valverde y, precedido del intérprete, se presentó ante las andas del Inca, hízole una reverencia profunda, le santiguó con una pequeña cruz de madera... y luego le dirigió un discurso en el que le habló de los misterios cristianos, de la fundación e institución de la Iglesia católica, de la obediencia debida al Papa y, finalmente, de la donación que este había hecho de las Indias occidentales a los reyes de España, a quienes el Inca debía someterse y obedecer. Tan extraño razonamiento, hecho en castellano por el religioso y traducido, pedazo por pedazo por el intérprete Felipillo, causó en el ánimo de Atahualpa una impresión profundamente desagradable... Lo que Atahualpa alcanzó a comprender claramente fue lo que se le anunciaba respecto de la donación hecha por el Papa de las tierras del Perú al rey de España y, así respondió indignado: La Tahuantinsuyo es mía, es la herencia de mis mayores. Ese, de quien decís que ha hecho donación de estas tierras a vuestro rey, ha regalado lo que no es suyo! ¿Quién os ha dicho esas cosas?, añadió Atahualpa dirigiéndose el Padre Valverde. ¿Cómo las sabéis?... Esas cosas están contenidas aquí —repuso el religioso mostrando al Inca una Biblia que llevaba en la mano.

Pidió Atahualpa el libro, lo observó por un breve instante con cierta curiosidad desdeñosa y luego lo arrojó con desprecio al suelo

diciendo con voz airada: Ahora me daréis cuenta de los desmanes que habéis cometido en mis pueblos. El fraile recogió su Biblia, se regresó apresuradamente al aposento donde estaba escondido Pizarro y asustado le dijo: ¿Qué aguardáis? ¿No veis que los indios se nos vienen encima? Atahualpa se había puesto ya en pie sobre las andas y arengaba a su gente. El sol se hundía en el ocaso trasponiendo los montes que ciñen el horizonte de Cajamarca..."

El ocaso del Sol de los incas fue total y definitivo. Esto, hace quinientos años. Quinientos años que nuestro protagonista Andrés Tupatauchi soporta en carne propia, hipersensibilizada por la lectura de los decires de Garcilazo de la Vega y las páginas de "Noticias secretas de América". Vivía encandilado con el realismo mágico con que el Inca historiador describe la llegada a tierras del Tahuantinsuyo de los fabulosos viracochas, relucientes en sus armaduras, piafantes en monstruos nunca vistos, mortíferos disparadores del rayo, hermosos extraterrestres de ojos azules y doradas barbas y crenchas, rijosos gozadores de coyas y fiustas deslumbradas. Pero se ensombrecía hasta enlutarse al leer la denuncia patética de "Noticias secretas de América", mayormente verdícas por venir de los españoles enternecidos, Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

Transcribimos el recurso compensatorio utilizado por Andrés Tupatauchi, expresado en su habla de esta manera:

"Cada vez que me siento alicaído, voy al Museo del Banco Central. Ultimamente he ido con mi mujer, a sacarle pecho, mostrándole de quienes vengo. Ella, contagiada de mi sentimiento no ha hecho sino apretar mi mano y acurrucarse en mí, más entregada. Estas —le digo—, son flechas de obsidiana de los hombres de El Inga. Mira, Karen, las Venus de Valdivia. Sin figurillas de hace cinco mil años. Karen, mirando el peinado de esas mujeres de hace tanto tiempo, me dice a la oreja, sonriéndome: La mujer siempre fue mujer. Y todo en homenaje al hombre. Los de beauty-parlors deberían venir a copiar estos modelos. Mira, Karen, estos son instrumentos de música, ocarinas y silbatos. Los silbatos tienen figura de mujer. Esos hombres fueron también sabios en eso: hacían música besando a sus mujeres y acariciándolas. Hay que oír con los oídos de la imaginación la melodía

de centenares de estos barro músicos en las fiestas del Inti-raymi. En este departamento están las joyas trabajadas por los orfebres durante los veinticuatro quilates del día: zarcillos, collares, narigueras, brazaletes, clavos faciales... Estas son las botellas-silbato. Ni el entierro durante tantos siglos ha podido quitarles su brujería. Y aquí están balanceándose en su propia voz. Esta llora como la tórtola, con igual sentimiento. Estotra suena abusionera, igualita que el chúshig. Esa remeda el chillido del mono y aquella gruñe como el jaguar. Las veces que oigo el canto-loro de la tórtola de barro, me quedo así, entresofado, porque me llega un chasqui desde muy lejos con un mensaje que tan solo yo entiendo y nadie más. Aquí, adentro, en el museo, paisanos y extranjeros se sorprenden de la cultura de mis antepasados. Los paisanos se hacen cargo por primera vez de su sangre india, sienten recién el orgullo de su origen. A la hora. He visto brillar sus ojos ante las maravillas del indio pre-histórico, como diciéndoles mentalmente a los gringos: Nosotros venimos de esos orfebres, de esos sabios y artistas, de esa finura de alma".

"En verdad te digo que antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces".

En la calle, fuera del Museo, una madre india, cocha de miseria en el atrio, con un crío salido en huesos, prendido de la teta chuna como jícama, levanta su mano y el pedido pordiosero. Otro de sus hijos, ya andariego, aprendiz de lloriqueante, con su cara amasada de mechas y mugre, va de una a otra de las patronitas-su-mercé que salen del Museo. ¡Qué asquerosidad! ¡Indios afrentosos! La policía debería mandarles trapiando.

Entonces, cómo no gritar, cómo no maldecir.

Nosotros, los nosotros de ahora,
así apocamiento, así diosolopay, así pura intemperie,
somos papacara de la domesticación eclesiástica.

Nosotros, los nosotros de ahora,
así, espantajos, así embrutecidos, así ladrones, agua-
rapados, pordioseros, pura asquerosidad,
somos hechura de quinientos años de españoles y mes-
tizos,

hechura de encomenderos hacendados feudales mayor-
domos
soldados chapas curas frailes presidentes ministros
cantineros guaraperos
intendentes comisarios abogados tinterillos
diputados demagogos indigenistas

AZTRA IERAC INERHI!

"Llorad, llorad, hermanos,
todos en él pusimos nuestras manos".

Adentro del Museo lo que fuimos.
Afuera, lo que somos.
De Venus de Valdivia a lascibia en montes de Venus,
de joyeros a boyeros,
de aravico a ¡ara vago!
de quipucamayos a capacaballos.
¡Ñaupá tiempo de mi vida!

"Cerca de dos millones de ecuatorianos,
más de la cuarta parte de la población del país,
viven en condiciones dramáticas y pavorosas.
Son los marginados en el sector rural".

El locutor anuncia así FODERUMA, un proyecto de entablillaje que, diositolindo, ojalá no se quede tan solo en eso. Mientras tanto, en el televisor gusanea un amontonamiento de almas-en-pena:

indias embalsamadas en caras de chúsig, de raposa, de murciélago,
tapándose con mantas la viudez en sus cabezas,
indios irisos, amansurrados, irremediables,
todos, seguro, manadamente fétidos,
que nos quedan viendo desde un hilito de vida,
ya sin pronuncia,
culpando con la ferocidad de su mansedumbre,
inmovilizados en lotraveda. Desterrados.

Un pingullo revolotea llorando por todos ellos,
ya sin lágrimas, sin pulso, sin alma.

Adentro, lo que fuimos.

Afuera, lo que somos.

¡OH, PACHACAMAC!